



La cicatriz

Emma Lucía Ardila Jaramillo

Caminaba con el ardor de un viejo recuerdo, tan antiguo que a veces dudaba de su realidad. Incluso llegó a preguntarse si esa experiencia le pertenecía más bien a otra mujer de su familia y, por algún oscuro designio, ella debía cargar su cicatriz, o mejor, su escaldadura, aunque desconociera las circunstancias de su origen.

1

Contaba la madre que la abuela padecía el eccema. Le invadía el pecho como una quemadura, no resistía el sostén y la comezón sólo era soportable rascándose de continuo, hasta sangrar. La piel exudaba un agua calma, un llanto quedo, ¡qué ironía!, porque, cansada de llorar, había entendido —y jurado— que así no resolvería ni el desencanto ni la realidad, esa que como un puño le había derribado de su pedestal de niña rica. Ahora, viuda, sufría los rigores de una pobreza sin redención, único legado de su difunto esposo, *mi papá* —eso decía la madre—, quien después de beberse toda su fortuna, le dejó de adhehala seis hijos sin acabar de criar. Tuvo que ponerse a trabajar doce horas diarias, atendiendo el mostrador de una lavandería, mientras cuidaba a la más pequeña de las hijas, a quien acostaba en un cajón de madera, detrás suyo. Apenas si lograba disimular la comezón para atender a los clientes, quienes, de darse cuenta, hubieran retirado con fastidio su ropa antes de permitir que ella la tocara con su piel costrosa y enrojecida.

2

La madre creció sin lograr acostumbrarse al llanto cotidiano de la abuela. Huyó de allí tan pronto su hermana tomó la obligación. Escapó del trabajo arduo; de la entrega de la paga quincenal sin guardar ni un peso para sí misma; de la libra de carne comprada con los dineros obtenidos con las horas extras para alegrar un poco

a la abuela, quien cada noche, durante la comida, se quejaba por la falta de carne. Y se casó con un hombre caballeroso y delicado, o al menos eso creyó, porque cuando tenía más de ocho meses de embarazo de su segunda hija, después de un disgusto cualquiera y sólo porque ella se negó a pedir disculpas, él la echó de la casa con el argumento de que no iba a vivir con una mujer orgullosa. Tuvo que humillarse, ponerse de rodillas, abrazarle las piernas, implorarle un perdón que no le salía del alma y que la fijó para siempre en el resentimiento. ¿Cómo iba a regresar donde la abuela con dos hijos? Si acaso la recibía, lo haría como quien recibe una calamidad. Ahora también ella tenía eccema en las manos, manos llagadas como el pecho de la abuela, cargadas con el rencor escamoso que su boca silenciaba, obligada por la necesidad.

3

La madre llora con el paso de cada desfile fúnebre, en la casa vecina al cementerio. No puede contener la tristeza. La pequeña en la cuna, apenas de meses, no sabe la causa, sólo siente: siente las manos convulsas, ya no suaves, de la madre; siente el temblor y la rabia; siente el detenerse de las manos cuando la madre suspende el cambio del pañal y se las rasca mientras mira a la lejanía como si allá hubiera un puerto distante y posible; siente en las noches el llanto, el llanto, el llanto como un mugido, como una herida continua e impotente. Ahora también la niña tiene eccema, tiene toda la piel la lacerada, como la madre, como la abuela. La madre tuvo que atarle las manos a las barandas de la cuna. La piel le escuece como una quemadura. Esa quemadura sería luego sólo un recuerdo de causa desconocida que reaparece por tiempos, un dolor que a veces se despierta. Entonces vuelve a su memoria la cicatriz, y la piel le arde, lastimada, aunque desconozca la causa, aunque no sepa cuál herida dejó tal huella, aunque se le escapen las circunstancias de su origen. ■

Emma Lucía Ardila Jaramillo (Colombia)

Nació en Bucaramanga, estudió Filosofía y Letras y es Magíster en Filosofía con énfasis en arte. Ha publicado dos novelas: *Sed* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 1999) y *Los días ajenos* (Editorial Universidad de Antioquia, 2002); un libro de cuentos: *Nos queremos así* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 2007); y tres cuentos infantiles: “La cazadora casada” (Panamericana, 2003), “El gran temblor” (Panamericana, 2003) y “Luisa Juegalabras” (Ed. Libros & Libros, 2010).